



LA
CUNA DE MI
ENEMIGO
SARA YOUNG



Argumento

Cyrla, una adolescente judía, ha tenido que huir de su Polonia natal y refugiarse en Holanda en casa de sus tíos, donde se enamorará de un joven de su misma raza.

A medida que la guerra avanza, siente que se estrecha el cerco de los nazis. Para empeorar las cosas, la muchacha se queda embarazada. Un trágico suceso será la inesperada puerta de salida a su desesperada situación: Cyrla se tendrá que hacer pasar por una joven de pura raza aria para dar a luz en Lebensborn, la siniestra institución creada por los nazis para acoger a las muchachas embarazadas de los soldados del Reich.

d



Uno

Septiembre, 1941

— ¡Aquí también, no, *Nee!*

En la entrada vi cómo del cucharón que sostenía mi tía se derramaba sopa en el mantel. En aquellos días no había grasa en el caldo que pudiera dejar mancha; aun así, el corazón me dio un vuelco al ver que ella no hacía ademán de secar el vertido. Desde la llegada de los alemanes estaba más encerrada en sí misma; languidecía por momentos y a veces era como volver a perder a mi madre.

— Por supuesto que aquí también, *Mies* —se mofó mi tío. La blanca piel de la cara se le sonrosó con ese rubor fácil que tienen los hombres pelirrojos. Se echó hacia atrás y se quitó las gafas para limpiarlas con la servilleta—. ¿Creías que los alemanes nos anexionarían para que sirviéramos de refugio a los judíos? La cuestión es por qué han tardado tanto.

Llevé el pan a la mesa y me senté en mi sitio.

— ¿Qué ha pasado?

— Hoy han anunciado una serie de restricciones para los judíos —contestó mi tío—. Apenas podrán salir de casa. —Examinó las gafas, volvió a ponérselas y luego me miró directamente.

Me quedé paralizada, blancas las yemas de los dedos con los que sujetaba la cuchara, al recordar de repente algo que había presenciado en mi niñez.

Regresábamos a casa del colegio cuando nos encontramos con un hombre que estaba golpeando a su perro. Todos le pedimos a gritos que parase —el hecho de que fuéramos varios nos hacía valientes— e incluso algunos de los chicos mayores trataron de separarle del animal. Me llamó la atención el muchacho que tenía a mi lado; sabía que a menudo los mayores le pegaban. Él, como los demás, también gritaba; « ¡Basta! ¡Basta ya! ». Pero algo en su expresión me dejó helada: satisfacción. Cuando mi tío se dirigió a mí, volví a ver el gesto de aquel chico.



— A partir de ahora todo será diferente, Cyrla.

Bajé la vista al plato, pero el corazón empezó a latirme con fuerza. ¿Estaba sopesando los riesgos de tenerme en su casa?

Su casa. Clavé los ojos en el mantel blanco. Debajo había unas faldillas ribeteadas con flecos de seda dorada. Al principio me pareció extraña esa forma de cubrir las mesas, pero ahora me sabía de memoria los colores y el estampado de aquel modelo. Paseé la mirada por aquella habitación que había llegado a amar: las altas ventanas pintadas de un blanco luminoso que daban a nuestro pequeño patio; las tres acuarelas del Rijksmuseum que colgaban en columna de un cordón trenzado; el salón vislumbrado al otro lado de las cortinas de terciopelo color Burdeos, con el piano en un rincón rodeado de fotografías enmarcadas de nuestra familia. El corazón empezó a latirme aún más deprisa... Si yo no formaba parte de aquel lugar, ¿de cuál entonces?

Miré a mi prima. Anneke era mi salvoconducto para moverme por el peligroso mundo de mi tío. Pero llevaba todo el día distraída y divagaba cada vez que trataba de hablar con ella, como si guardara un secreto. Ni siquiera había oído la amenaza de su padre.

— ¿Qué? —pregunté en voz baja—. ¿Qué será diferente?

Mi tío estaba cortando el pan. No se detuvo, pero vi la mirada de advertencia de mi tía.

— Todo —cortó tres rebanadas y dejó el cuchillo en la mesa con cuidado—. Todo será diferente.

Me acerqué la barra de pan, cogí el cuchillo con la misma determinación que si fuera una pieza de ajedrez y corté una cuarta rebanada. Volví a dejar el cuchillo en la tabla y puse las manos en el regazo para que él no viera cómo me temblaban. Alcé la barbilla hasta mirarle de frente.

— Has contado mal —dije. Él apartó la vista, pero se le demudó la expresión.

Por fin terminó la comida. Mi tío volvió a su tienda a ocuparse de la contabilidad, y mi tía, Anneke y yo recogimos la mesa y fuimos a la cocina a fregar los platos. Trabajamos en silencio; yo, con mi temor; mi tía, con su tristeza; Anneke enfrascada en su secreto.

De repente mi prima dio un grito. El cuchillo del pan cayó al suelo de manera estrepitosa y Anneke levantó una mano; la sangre se derramaba en el



fregadero lleno de agua jabonosa, tiñendo las burbujas de rosa. Cogí un paño de cocina con el que le apreté la mano, luego la llevé hasta el asiento de la ventana. Se dejó caer en él, contemplando la sangre que empapaba el paño como si fuera algo curioso. Entonces me asusté más. Anneke se pasaba la vida cuidándose las manos; a veces era capaz de no tomar su ración de leche para remojárselas en ella, y aún se las arreglaba para encontrar esmalte de uñas cuando al parecer nadie en Holanda gozaba de semejante lujo. Si no montaba una escena por un corte que era lo bastante profundo para dejar cicatriz, eso quería decir que su secreto era inmenso.

Mi tía se arrodilló para examinarle la herida, reprendiéndola por no haber tenido cuidado. Anneke cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y con la mano que tenía libre se tocó el hoyuelo de la garganta con una sonrisa de satisfacción. Era la misma expresión que tenía cada vez que regresaba sigilosamente a nuestra habitación en mitad de la noche..., enrojecida, sofocada, recompuesta.

No me gustaba Karl.

Y entonces lo supe.

— ¿Qué has hecho? —le susurré cuando mi tía fue a por gasas y antiséptico.

— Luego —susurró a su vez—. Cuando estén todos dormidos.

También había que planchar y que zurcir; parecía que no íbamos a terminar nunca. Mientras hacíamos esas tareas, escuchamos música de Hugo Wolf en el fonógrafo; yo deseaba estar en silencio porque por primera vez me di cuenta de cómo la trágica vida de Wolf se reflejaba en sus composiciones. Su misma belleza resultaba fatídica. Cuando mi tía nos deseó buenas noches, Anneke y yo cruzamos la mirada y subimos a nuestro dormitorio.

Nos lavamos rápidamente y nos pusimos el camisón. Ya no podía esperar más.

— Cuéntamelo de una vez.

Mi prima se dio la vuelta y me miró; nunca le había visto una sonrisa tan bonita.

— Algo maravilloso, Cyrla —dijo, acariciándose el vientre con una mano.

El dedo había empezado a sangrarle otra vez; la venda estaba totalmente empapada. Mientras permanecía ante mí sonriendo y sin dejar de acariciarse el vientre, apareció una mancha de sangre en el algodón azul claro de su camisón.



Dos

— Me voy. Me voy de aquí. — Ahora Anneke apenas podía dejar de hablar—. Supongo que nos casaremos en el Ayuntamiento. La familia de Karl vive en las afueras de Hamburgo, a lo mejor buscamos allí una casa cuando termine la guerra, con un jardín para los niños, cerca de un parque, a lo mejor... ¡Hamburgo, Cyrla!

— ¡Shhh! — Traté de acallarla—. Nos va a oír. — No era mi tía la que me preocupaba, sino la señora Bakker, que vivía en la casa de al lado y con quien compartíamos pared. Ya era mayor y no tenía nada mejor que hacer que espiar a la gente y cotillear sobre lo que averiguaba. Se sentaba en la sala de estar durante toda la mañana y observaba lo que ocurría en Tielman Oemstraat a través de los dos espejos que había fijado a las ventanas. Sabíamos por sus toses que su dormitorio era contiguo al nuestro, y la creíamos muy capaz de pegar un vaso a la pared. Pero en realidad la señora Bakker no me importaba en absoluto. Lo que yo quería era detener las palabras de Anneke.

Le quité la venda del dedo y se lo lavé con agua del aguamanil.

— Ponte otro camisón. Yo voy abajo a por más vendas. — Ya en el pasillo, hice un esfuerzo para respirar con calma. Cogí tiras de gasa y también una taza de leche y un plato de *spekulaas*. Anneke apenas había cenado, pero le encantaban las galletitas especiadas que se traía a escondidas de la pastelería. Si la distraía, no tendría que oír sus planes. Y si veía lo mucho que me necesitaba, quizá comprendiera que marcharse era un error. Marcharse siempre era un error.

Nos sentamos en su cama y le vendé el dedo; no podía mirarla a la cara, aunque notaba que ella observaba la mía.

— ¿Estás segura? ¿Y cómo...? ¿No tomaste precauciones?

Anneke miró para otro lado.

— Estas cosas pasan. — Entonces esbozó su luminosa sonrisa, la que siempre me desarmaba—. Un niño ¿Te imaginas?

La rodeé con los brazos y apoyé la cabeza en su pecho, aspirando el aroma que a diario nos traía a casa de la panadería: azúcar horneado, dulce y cálido,



que a ella le iba a la perfección. A qué olería yo, me preguntaba. ¿A vinagre de los encurtidos que había estado haciendo toda la semana? ¿A lejía de la tienda de tejidos?

Anneke me enjuagó las lágrimas de las mejillas.

— Lo siento, Cyrla —dijo—. Te echaré mucho de menos. A ti más que a nadie.

Así era mi prima. Algunas veces parecía que no le importaran mis sentimientos; pero no lo hacía con crueldad, sino con esa inocencia que a menudo tienen las muchachas hermosas, como si ser consideradas con los demás fuera una destreza que nunca hubieran necesitado aprender. Sin embargo, cuando lo era conmigo, su afecto incondicional me llenaba de vergüenza.

— ¡Pero soy tan feliz...! —exclamó, como si no fuera ya evidente por la expresión de su cara—. ¡Y es tan atractivo...! —Se echó hacia atrás en la cama, llevándose las manos al corazón—. Es clavado a Rhett Butler, ¿no crees?

Yo suspiré fingiendo exasperación.

— Por el amor de Dios, no se parece en nada a Rhett Butler. Aunque sólo sea porque Karl es rubio.

Anneke agitó la mano vendada como restando importancia a ese detalle.

— Y tiene los ojos azules. Y no lleva bigote. —Me levanté y le llevé a la mesilla el vaso de leche que había dejado en la cómoda—. Vale, es guapo. Pero francamente, querida, me importa un rábano.

Anneke se echó a reír y se sentó.

— ¡Vas a ser tía! Y la guerra terminará pronto y podrás venir a visitarnos.

Era obvio que ella creía que iba a resultar así de fácil. Todo en la vida de Anneke era fácil; su mismo nombre significaba gracia, y a veces daba la impresión de que la gracia le llovía del cielo con tanta abundancia que podía recogerla con sus preciosas manos y dejarla escurrir entre los dedos.

Nunca se dio cuenta de que mi situación era diferente. Cuando llegué, se comportaba como si, sencillamente, hubiera olvidado mi mitad judía en Polonia, como si me hubiera dejado allí la infancia. *Ah, sí, podría haber pensando, en caso de plantearse: Cyrla vivió de pequeña en Polonia, y era judía, pero ¡ya no es una niña!* En Holanda vivía como los que me rodeaban, y dado que



nos parecíamos lo bastante para que nos tomaran por hermanas, así era como me veía ella.

En Polonia vivía con mi padre, su segunda esposa y mis dos hermanastros pequeños. Al volver a casarse, mi padre se hizo más practicante y empezamos a observar las tradiciones judías. Al poco tiempo, era como si lo único que me quedara de mi madre holandesa fuera su pelo rubio.

En realidad, el punto de vista de Anneke se correspondía con el argumento que mi padre había esgrimido cuando yo expresé la idea de que huir a Holanda me parecía una traición.

— No niegas una parte de ti misma al aceptar la otra. Lo que haces es rectificar algo que estaba desequilibrado. Vete al mundo de tu madre. Trata de encajar en su forma de vida y averiguarás cómo encaja ella en la tuya.

En el atardecer del primer viernes después de llegar a Holanda me sentía perdida en medio del salón, pues mi madrastra no estaba allí para encender las velas que marcaban el inicio del sabbat. Mi tía se dio cuenta; meneó la cabeza, se acercó a mí y me estrechó con fuerza.

— No —me susurró. Cinco años después, la tarde de los viernes sólo era una tarde más. Seguía mentalmente las festividades judías, pero aprendí a no sentirme culpable por no celebrarlas. Cualquiera día, me decía a mí misma, podré regresar a casa sin peligro. Para volver a ser quien era.

Polonia quedaba ya muy lejos.

Pero Anneke debería haber sabido que su decisión de casarse con Karl acarrearía graves consecuencias para mí. Sin embargo se había desentendido de esa parte del asunto con la misma ligereza con que se había desentendido de mi parte judía.

— Es constructor de barcos —alegaba al principio, cuando mi tía y yo tratamos de persuadirla de que no viera a Karl—. No es nazi. Le reclutaron a la fuerza. No tuvo alternativa.

Nadie más sostenía esa opinión sobre los soldados alemanes. Los amigos de Anneke se jactaban de que salían con ellos para emborracharlos y arrojarlos al canal, pero yo nunca había oído de ninguno que hubiera muerto así. Todos nos contábamos chistes sobre los soldados: ridiculizarles nos ayudaba a soportar la ocupación. Y todos hacían lo posible por desbaratarles los planes: cambiar las señales de tráfico, hacer como que no entendían alemán cuando les preguntaban alguna dirección o pintar OZO («El naranja vencerá») siempre que



fuera posible en nuestro prohibido color nacional Anneke era diferente. Tendría que haberme dado cuenta enseguida de cómo se comportaba con él. Tendría que haberlo impedido.

Porque Karl no me habría caído mejor aunque hubiese sido soldado del ejército holandés. Sólo nos habíamos visto una vez, hacía una semana. Anneke lo había preparado de forma que, cuando él fuera a recogerla, nos encontráramos en la pastelería como por casualidad, para que pudiera hacerme una idea de lo guapo que era. Y lo era. Aunque para mí sólo eran atractivos los hombres como Isaak: morenos, con ojos serios y bondadosos. Karl era rubio y alto y se le veía en la cara que ocultaba algo. Cuando Anneke nos presentó, miró por encima de mí. Si hubiera estado deseando encontrarse con mi prima, lo habría entendido, incluso me habría gustado, pero le recuerdo examinando la tienda como si buscara una forma de escapar. Eso no se lo comenté a Anneke.

— Vale, sus ojos —le dije, en cambio—, el color azul claro de sus ojos en contraste con el blanco me recuerda a los jacintos en flor después de una nevada. —Eso le gustó y en realidad era cierto, pero en aquel momento deseé poder decirle lo que realmente había percibido: la clase de hombre que era.

Cuántas equivocaciones; sin embargo, aquella noche sólo podía pensar en que Anneke me dejaba. Me dolía tanto la garganta por todo lo que quería decir que me resultaba imposible hacerlo. Apagué la luz y me di la vuelta para mirar hacia otro lado, pero no podía dormir.

Más o menos a medianoche me levanté para ir al baño. Salí al pasillo sin hacer ruido, pues no quería despertar a nadie, y al pasar delante de la habitación de mis tíos les oí hablar.

— ... si eso supone poner en peligro a nuestra familia... —decía mi tío.

— Ella *es* familia nuestra, Pieter —replicó mi tía, enfadada con él.

— Es familia *tuya* —le corrigió mi tío—. *No nuestra, tuya.*

Por la mañana, observé a Anneke mientras se preparaba para ir a trabajar. Imaginé, por el cuidado con que se vistió, que después iba a ver a Karl.

— ¿Cuándo vas a decírselo a tus padres? —le pregunté desde la cama.

— Creo que a mamá esta noche. —Escogió una barra de labios del color de las cerezas maduras y se pintó—. Primero quiero decírselo a Karl.

Me incorporé.



— ¡Anneke!

Ella se echó a reír y movió los dedos mirándome desde el espejo como hacía siempre, del mismo modo que si las preocupaciones fueran pequeños mosquitos que tuviera que espantar.

— Se pondrá muy contento; le gustaría tener una gran familia. Acaba de tener una sobrina a la que adora.

— Pero ¿y todos los planes?

— Eres demasiado seria, *katje*. —Hacía mucho tiempo que no me llamaba gatita. Era el apodo que me puso cuando vine a vivir con ellos; entonces yo sólo tenía catorce años y ella dieciséis. Se acercó y se sentó a mi lado en la cama.

— Dame una mano. Voy a echarte la buena ventura.

Alargué la mano y ella me la besó, dejándome en la palma una mancha de pintalabios en forma de corazón.

— Mira —dijo—. Eso es una buena señal; significa que vas a enamorarte pronto. Y también te casarás, y vivirás feliz para siempre y ambas tendremos diez hijos, y todos ellos tendrán diez hijos y tú y yo envejeceremos juntas y siempre seremos felices.

Cerré los dedos sobre la marca de la mano.

— ¿Estás segura, Anneke? ¿Le amas de verdad?

Anneke volvió a la cómoda, se quitó las horquillas del pelo y se desenredó las ondas antes de contestar.

— Estoy enamorada de él. Quiero casarme... y no hay muchos hombres disponibles, y menos ahora, que andan todos alistados. ¿Te has fijado? — Suspiró—. Él me ama. Yo quiero salir de aquí. Y estoy preñada. Creo que es suficiente. —Volvió a acercarse y se sentó en la cama—. Ven, que te cepillo el pelo. Tienes que dejar que te lo corte antes de que me vaya. Ya no se lleva así, y estarías mucho más guapa.

Yo nunca sería guapa. Anneke y yo teníamos rasgos parecidos— los rasgos de nuestras madres—, pero tanto el pan fino como el más basto se hacen con los mismos ingredientes. Y yo nunca me cortaría el pelo; lo llevaba trenzado y recogido, como mi madre. Le dejé que me lo cepillara, y, cuando se marchó, no bajé inmediatamente. Doblé su camisón, lo puse debajo de su almohada y tapé la barra de labios. Cogí las fotos que Anneke había recortado de las revistas y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

